





Brisas de Vuelta Abajo

Un español y una alborada

Por qué he dedicado un tema al general español "Don Luis de las Casas" en el certamen que preparamos para el retrato al óleo para que figure en un retrato al óleo...

ticos de anarquía, es obra educativa, y es obra de reedificación. Por ello hemos tratado de resucitar hombres y épocas que alienten nuestra fe...

El Dr. Nowack y la Peonía

Ayer era el día fijado por el doctor Nowack, aquel célebre doctor que no hace mucho nos anunció un cataclismo con su famosa peonía...

GAJES DEL OFICIO

No es mi ánimo maldecir de mi profesión por más que me crea asistido al efecto de un derecho indiscutible. A la objeción vulgar que reza, "si tan malo es el oficio, ¿por qué le eligió y lo profesó?"...

ahora que un escritor público, transido de dolor, henchida el alma de congojas y de ansiedades la mente, enfermos el hijo ó la esposa, acaso sin pan, en el hogar, tiene que enristrar la peñola para tratar galanamente la política de Maura ó de la Enciclopedia de Su Santidad ó de la cuestión de Marruecos...

gajes, tantos y tales, que apenas se comprende que voluntariamente lo ejerzan otros que aquellos para quienes el periodismo sea, no una profesión y un medio de vida, sino (he de decirlo aunque el término se haya hecho cursi como todos cuantos caen en la lengua de la maldecida retórica) un sacerdocio.

El primer concierto clásico

MOZART Y BEETHOVEN

Para hacer una reseña concienzuda y seria del gran concierto de anoche en el Instituto Musical de la Habana, necesitaria yo poseer la pericia de que carezco y el espacio de que no puedo disponer hoy...

Benjamín Orbón tocó a continuación la célebre "Sonata Apassionata", una de las más difíciles y colosales que produjo la inagotable inspiración de Beethoven, y es justo confesar que el ilustre pianista se excedió á sí mismo, identificándose de tal modo con el gran músico alemán...

Toda la sublimidad, toda la ternura, todos los arranques de pasión que se desbordaban y agitan en ese prodigioso trozo musical que cautiva y enternece, que arrebató el ánimo y lo suspende, encontraron en Benjamín Orbón la expresión y la fuerza, la suavidad singularísima y la pulsación vigorosa y precisa que se requieren para que el alma inquieta de Beethoven impresione y enardezca á las demás almas.

Irreprochables estuvieron los señores Orbón y Torroella en la noble empresa de interpretar al insigne sonador alemán en la más romántica de sus "Sonatas", después de la tan conocida 14 (Clair de lune); especialmente en el adagio sostenuto y en el Presto final, los dos maestros rayaron á considerable altura, llevando ambos tiempos con la viveza y agilidad que su índole peculiarísima requiere.

El general don Luis de las Casas, que se encargó del Gobierno de Cuba en 1790, realizó tan honrados é insistentes esfuerzos para hacer salir á esta isla del carácter de mera factoría, que venía siendo desde que se pobló, que á sus sabias iniciativas y á su noble altruismo debió nuestro pueblo la inagotable alborada de sus mayores progresos...

Coronas Fúnebres GRAN LIQUIDACION LA FASHIONABLE OBISPO 121

Los grandes Almacenes de LA OPERA Han puesto á la venta en estos días el más variado y hermoso surtido de telas y adornos para la presente estación. Los abrigos y salidas de teatro son fabricados por el celebre modisto parisien M. Coborny. En sedas hay primores. Preciosidades en vestidos de gasa, punto y Payet. Gran surtido de trajes de lana todos en sus cajas y con sus adornos. LA OPERA La gran casa amiga del pueblo es la que ofrece todo el año mayores novedades, y la que más barato vende. LA OPERA GALIANO 70. SAN MIGUEL 60. SE DAN GRANDES REGALOS

FOLLETTIN LA CASA DEL PANTANO NOVELA ESCRITA EN INGLES por FLORENCE WARDEN traducción al castellano por Antonio Cuyás y Armengol.

de Geldham están acostumbrados á tratar, —dijo la señora Manners de un modo enfático. —Cierto que no,—convino el señor Reade con gravedad. —De todo harán burla; siendo así que la fiesta, después de todo, es para la gente del lugar. Y yo no quiero que esos señoritos disipados de Londres se pongan á hablar con las doncellas del pueblo. —No creo que tengan deseos de hacer semejante cosa, señora Manners; en verdad, no lo creo,—dijo el joven. —Todas las que acudirán en la comida, son muy buenas muchachas; son las de la primera clase de doctrina. —Ah! ¡son esas! Entonces puede usted desear todo tener. —Eellas querían divertirse y hacer perder el tiempo á las señoritas dedicadas á la venta, sus hermanas, la señorita Christie y... —Yo les tendré á raya, señora Manners. Las vendedoras no serán molestadas por ningún guason impertinente. Me dedicaré á protegerlas contra ellos. La buena y sencilla señora Manners, que había hablado todo el tiempo con la mayor seriedad, principió á sospechar que bajo el grave continente del señor Reade había la melancólica intención de chancearse, y dijo con severidad. —Si viene usted, señor Reade, no será para jugar, sino para trabajar y dar buen ejemplo á los demás.

—Así lo haré, señora Manners; pero espero que no todos lo seguirán,—dijo en tono festivo, y se volvió á mirarme de un modo que me hizo ruborizar. En la confusión de la despedida de los concurrentes, él se acercó y me dijo en voz baja: —Espere; volveré para acompañar. Me había ya puesto el sombrero y abrigo; la señora Manners me había dirigido nuevas frases de consuelo como despedida, y yo estaba pensando cómo podría esperar hasta que el señor Reade volviere, cuando en esto sonó la campana, y oí la voz del señor Rayner en el recibimiento. Me sobresalté y me puse muy colorada. La señora Manners se calló y fijó en mí una mirada penetrante. —Dispéñeme usted. El me había cogido por los brazos y me los soltó, sino que los retuvo suavemente. —Señorita Christie! Por favor no se disculpe usted. ¿A dónde hufa? —¡Iba... á casa,—dijo titubeando. —Pero sí éste no es el camino!—Hubo un momento de silencio; luego prosiguí en voz baja: —Venía usted á encontrarme? —No, señor,—dije, medio llorando y desasiéndome de él. Era muy humillante tener que confesar que iba corriendo para encontrarle. —¡No! Pues me había hecho la ilu-

—Vamos, hija mía; huya por aquí y espere junto á la puerta de la verja que hallará á la izquierda. Siempre entran por ahí viniendo del parque. Temo que esto es un pequeño engaño; pero, en fin, vaya, querida, vaya; él es un buen muchacho. Atravesé rápidamente el pequeño prado en la obscuridad, temerosa de que el señor Rayner me viese; y me metí en el camino formado por setos de laurel que conducía á la entrada lateral. Ese camino formaba una curva al terminar. Oí que la portezuela se abría; pero no pude detenerme á tiempo, y así que el señor Reade, que también iba corriendo, dió la vuelta, chocó con él. Luego, turbada y casi sin aliento, dije: —Dispéñeme usted. El me había cogido por los brazos y me los soltó, sino que los retuvo suavemente. —Señorita Christie! Por favor no se disculpe usted. ¿A dónde hufa? —¡Iba... á casa,—dijo titubeando. —Pero sí éste no es el camino!—Hubo un momento de silencio; luego prosiguí en voz baja: —Venía usted á encontrarme? —No, señor,—dije, medio llorando y desasiéndome de él. Era muy humillante tener que confesar que iba corriendo para encontrarle. —¡No! Pues me había hecho la ilu-

sión de que sí venía usted por este camino sabiendo que yo pasaría por aquí, pues yo he corrido como un galgo para no perder la oportunidad de acompañar á usted. No contesté. —¡Por qué quería usted ir á casa tan de prisa y sola, cuando yo le prometí volver y acompañarla? —No quería molestar á usted. —Esa fué mucha consideración de su parte. Pero si da la casualidad que yo no considere eso una molestia ¿puedo acompañarla á su casa, ya que me halló aquí? ¿o prefiere usted seguir su camino sola? —Preferiré ir sola; muchas gracias, —dije, aunque me partía el corazón tener que decir lo contrario de lo que sentía. Mas consideré que debía ya demostrar firmeza, pues noté que el señor Reade no creía sinceras mis palabras. Se apartó para dejarme pasar y se quitó el sombrero ceremoniosamente. Mas en seguida hubo en él un cambio rápido. —¡Pero si está llorando!... Vida mía, no ha sido mi ánimo hacerte llorar. No pude detenerle, y me tuvo en sus brazos antes de que me fuera posible escapar. —¡Por Dios, señor Reade, suélteme usted!—exclamé, muy asustada. Pero al mirarle para decirselo, me dió un apasionado beso. Naturalmente

que después de esto, no traté ya de desasirme, pues tenía la seguridad de que él me amaba y sabía que con él nada debía temer. Recuerdo palabra por palabra cuánto me dijo aquella noche, mientras flamos á los Alisos; pero si tuviera que consignarlo aquí, parecería el mismo cuento estereotipado de siempre, y de ningún modo produciría el efecto que en mi alma causaron esas frases llenas de amor. No tomamos camino más corto, sino que dimos una vuelta para que no me mojara los pies en la húmeda yerba. Pasamos de largo la entrada principal de los Alisos y fuimos á la lateral, cuyo camino pasaba por delante de las cocheras. Lorenzo me dejó allí, pues yo no quería que la vengativa Sara me viera con él. Me sentía tan dichosa que no pude contenerme y me puse á cantar en voz baja. Pero al acercarme á las cocheras cesé por temor de que el señor Rayner, que podría hallarse en su cuarto, me oyese y me preguntara cómo había regresado y por qué había tardado tanto. No estaba yo en disposición de darle cuenta de todo eso en aquel momento. Deseaba escurrirme á mi habitación, sin ver á nadie, y dormir sin que nada turbara ó ahuyentara de mi mente el giro recuerdo de Lorenzo y de su último beso. Creí que así hubiera soñado con él. (Continuará.)



sa pre- que esa erdena- picados que se a por ueñas- nradas qué ir nda al- ro ¡qué venido pecado. tengo aca de espue- a seme- o. qui- nmien- dos al- os sine de su ue de esper- rá ma- rdona. zo sie- es sie- muy roun- su cau- de largu juevee ieta y s, cor á ex ore de á to in co al ve to, Dr e lla abrái- zos; ayah- s de hiler- abier , tra oged in la mu celdi- nero di- enas qu tecis Ma vir La rati- d' ero o b









